

Saludos a las autoridades.

Cuido con esmero mi intervención en este acto.

Como cada año, preparo esta intervención con especial mimo y esmero. Lo hago con **profundo respeto**, atendiendo a la nutrida, muy distinguida y representativa audiencia de nuestra ciudad, presente un año más en este solemne acto que, con su asistencia, lo engalana y le suministra el debido brillo y lustre.

Lo expreso, además, con la debida **responsabilidad institucional**, mostrando el compromiso adquirido y mantenido ya por más de tres décadas con nuestra querida, respetada y aliada Real Maestranza de Caballería de Sevilla. Son numerosas las actividades que ambas instituciones, Universidad y Maestranza, llevamos a cabo de manera conjunta, fruto de nuestra mutua convicción en la importancia del trabajo, del rigor y de la excelencia. Gracias, señor Teniente de Hermano Mayor, querido amigo Santiago, por tanta colaboración y gracias por la organización un año más de este acto que tanto nos une. Esta alianza, además, no es un ejemplo aislado y debe ser encuadrada

dentro de la estrategia que nuestra Universidad despliega con numerosas instituciones, empresas y autoridades relevantes para nuestra sociedad, muchas de ellas hoy aquí presentes. Quiero por ello agradecer, particularmente, su asistencia a las autoridades políticas, militares, religiosas y académicas.

Y, finalmente, lo manifiesto con **orgullo académico**. La naturaleza de este acto tiene su principal fundamento en la obligación contraída con el reconocimiento del mérito, con la valoración de la excelencia y con la importancia concedida al acto de premiar, en igualdad de oportunidades, a los mejores.

Señoras y señores premiados, estudiantes y toreros, toreros y estudiantes: los premios que hoy recogen son otorgados, a título personal, por su constante trabajo, por su valiente entrega y por la ostensible excelencia de todos ustedes. Enhorabuena por ello.

El momento y el lugar.

Sabiamente seleccionado por nuestros anfitriones maestrantes, debo decir que el momento elegido cada año para este solemne acto, cuando la primavera ya nos ha citado, en primera convocatoria, es singularmente evocador. Aún no es, pero ya se

la presente: parafraseando a don Luís (Cernuda en “La Primavera” -Ocnos-) la primavera aún no ha llegado:

Pero la primavera (ya) está ahí, loca y generosa.

Llama a (nuestros) sentidos,

Y a través de ellos a (nuestros) corazones,

Adonde (ya) entra templando (nuestra) sangre

E iluminando (nuestras mentes)

Y, por si todo lo expresado no fuera ya suficiente presentación, cierra el encuadre de estos primeros lances verbales de saludo la solemnidad que nos ofrece el escenario cuidadosamente preparado por nuestros anfitriones: la “Plaza de Arenas de la Maestranza” de D. Gerardo (Diego en “Torero en Triana”). “La sultana de (nuestras) penas y (la sultana) de (nuestras) esperanzas”.

Por todo ello, confieso mi absoluta convicción de que este cuidadoso celo es sólo comparable al que ponen las personas hoy reconocidas: al que ponen, en mi imaginación, los toreros en el momento de elegir su vestido de torear o al que ponen, tal como yo lo pienso, cada estudiante al elegir sus palabras en la presentación de su trabajo final de carrera.

Sobre los premios taurinos de esta temporada.

Señoras y señores, si el año pasado recordaba desde este atril la conmemoración del centenario de grandes maestros de la tauromaquia sevillana como Pepe Luis Vázquez y Antonio Bienvenida, representantes irrepetibles de nuestra escuela, marcada por el magisterio de la lidia y la condición del arte natural, hoy deseo evocar un acontecimiento excepcional mucho más cercano en el tiempo: se trata de la inolvidable faena de del pasado 23 de septiembre de José Antonio Morante de la Puebla. Con ella, tengo la absoluta certeza, maestro Morante, de que se han alcanzado las más altas cotas lidiadoras y artísticas, culminación máxima de la evolución de nuestra escuela sevillana bicentenaria, torera y universal.

Junto a ello, el triunfo incontestable de El Juli; la estocada y la feria rotunda de Daniel Luque; la lidia de Antonio Chacón; las banderillas de Fernando Sánchez; la suerte de picar de José Palomares; el toreo a caballo de Guillermo Hermoso de Mendoza; la corrida de toros de El Parralejo y el toro Chismoso de Santiago Domecq, hoy premiados, representan valores eternos, sólidos y

reconocibles como señas de identidad de nuestra cultura. Vaya para ellos mi profunda admiración y mi más sincera felicitación.

No puedo, ni debo, ni quiero, dejar pasar este apartado sin mostrar públicamente mi admiración hacia una querida amiga, Concha Yoldi, Presidenta del Consejo Social de la Universidad de Sevilla, cuyos toros mencionados de El Parralejo nos trajeron a esta plaza la casta y la emoción, motor principal de la fiesta. Querida Concha, es un ejemplo de trabajo, de vocación de servicio y de buen hacer. Enhorabuena y gracias por su amistad.

Sobre los premios académicos.

Y llego al tercio de valorar el mérito de los premios académicos. Queridas y queridos estudiantes:

Deseo mostrarles mi orgullo como profesor y como rector de la Universidad de Sevilla y deseo resaltar que son ustedes un ejemplo y que son referencia para nuestra institución y también para el resto de la sociedad hoy aquí presente.

Merece la pena recordar que entraron en la Universidad de Sevilla tras un proceso competitivo, sin mirar de dónde venían, sólo por sus méritos personales, exactamente igual que están hoy aquí.

Y en verdad vienen ustedes de lugares diversos, son de Mairena del Aljarafe, Valverde del Camino, San José de la Rinconada, Montemayor, Sevilla capital, Almonte, Écija, El Rubio, Córdoba, La Puebla del Río, Jerez de la Frontera, Ceuta y Chiclana de la Frontera; pero ya hoy, y para siempre, serán hijos predilectos de la Universidad de Sevilla, la que ha hecho de ustedes otras personas, hombres y mujeres preparados para el futuro.

Singularmente, me dirijo ahora a las 16 mujeres premiadas, aprovechando la estela que nos deja la celebración de ayer. Hace ahora un siglo, nos decía D^a Clara Campoamor (*en la Universidad Central de Madrid*) que:

“Toda mujer que en uno u otro aspecto ha salido del radio de acción que antaño la circunscribía al hogar y vive en la órbita social reservada a la inteligencia, toda mujer por el solo hecho de producirse con acierto en terrenos en que en otro tiempo le fuera vedado el acceso, revoluciona, (y) transforma la sociedad”

Estoy seguro de que D^a Clara reconocería en ustedes el papel transformador que encarnan hoy. Aunque aún quedan muchos derechos por conseguir para las mujeres, ustedes son hoy ese espejo en el que debe mirarse la sociedad, no lo olviden.

E igualmente quiero referirme a la coexistencia de personas premiadas procedentes de muy distintas áreas del saber. Y es que a menudo se discute, desgraciadamente sin mucho conocimiento, sobre la importancia y la excelencia adquirida en titulaciones más o menos demandadas. Deseo destacar hoy que, de todas ellas aquí presentes, las dos mejores calificaciones corresponden una al estudiante del doble grado de Física y Matemáticas, con una calificación de un 9,95 y otra a la estudiante del grado de Filosofía, con una calificación de un 9,8. Representan dos extremos del conocimiento, ambos elegidos por excelentes estudiantes que han desarrollado una trayectoria excepcional, cada uno en su ámbito de conocimiento. Ustedes demuestran la necesidad de todas las titulaciones y la existencia de la excelencia en cada una de ellas.

Todos ustedes, junto al premio recibido hoy, adquieren un compromiso con todos nosotros, con la sociedad, ya que en el futuro deberán enfrentarse a los grandes retos que la humanidad tiene por delante en este momento histórico que vivimos, un mundo convulso donde les necesitaremos a ustedes, representantes y símbolos de la mayor excelencia universitaria para dar respuesta a los grandes problemas del planeta, como erradicar la pobreza, mejorar la salud y el bienestar de la humanidad, reducir las desigualdades, asegurar el trabajo, garantizar la paz y la justicia en el mundo, estos son objetos para conquistar la dignidad que el ser humano merece. Tengo la esperanza de creer que lo harán con más acierto y generosidad de lo que lo hemos hecho nosotros.

La suerte suprema.

Y llego ya al final de mi intervención. Señoras y señores,

Vivimos, tal como acabo de mencionar, momentos complejos e inciertos en la sociedad y en la Universidad. Hoy se acaba de aprobar en el Congreso de los Diputados una nueva Ley de Universidades: la Ley Orgánica del Sistema Universitario. He

manifestado mi desacuerdo con ella en todos los foros en los que he participado y lo he hecho como rector de la Universidad de Sevilla, la más longeva de toda Andalucía y la segunda universidad de España.

He concretado mi desacuerdo en torno a cuatro observaciones fundamentales: la falta de voluntad del gobierno para buscar un gran pacto de estado, clave necesaria para una fructífera ley de universidades; la ausencia de garantía de alcanzar una financiación aceptable, en contra de lo que manifiestan sus principales responsables; el tremendo error en el diagnóstico de los principales problemas y, en consecuencia, los inadecuados tratamientos propuestos, que intentan solucionar los problemas generados en determinadas regiones, principalmente Cataluña, imponiendo grandes dificultades a otras, como Andalucía; y la deliberada confusión que emplean entre los términos “autonomía universitaria” y “desregularización universitaria”.

Me comprometo a seguir trabajando, como servidor público, con lealtad y con espíritu crítico constante. Y espero que valoren siempre la mejor voluntad y una profunda honestidad y valentía,

consecuencia de mi personal responsabilidad en defensa de una universidad pública de calidad.

Espero que no piensen del mismo modo que una personalidad política actual que, hace una semana, cerca del precioso coso de La Malagueta, me dijo: “Rector, no debes entrar a todos los trapos”. Y yo, sinceramente, pensé que no debía de ser muy taurino. Espero que ustedes piensen distinto. Puedo asegurarles que seguiré entrando siempre en todos los problemas de mi responsabilidad con nobleza y con valentía, como lo hace un toro bravo. Y espero que el Presidente de esta irrepetible plaza, Dios quiera que le toque ese día a mi amigo Luque Teruel, cuando me llegue ya el momento postrero de mi actual responsabilidad, en prueba de ello, me conceda al acabar mi última intervención en este atril el pañuelo naranja que me indulte por eso mismo: por haber entrado siempre con bravura y con honestidad en todos los problemas de mi responsabilidad.

A la espera de que llegue ese momento les deseo muchas gracias a todos por su atención.